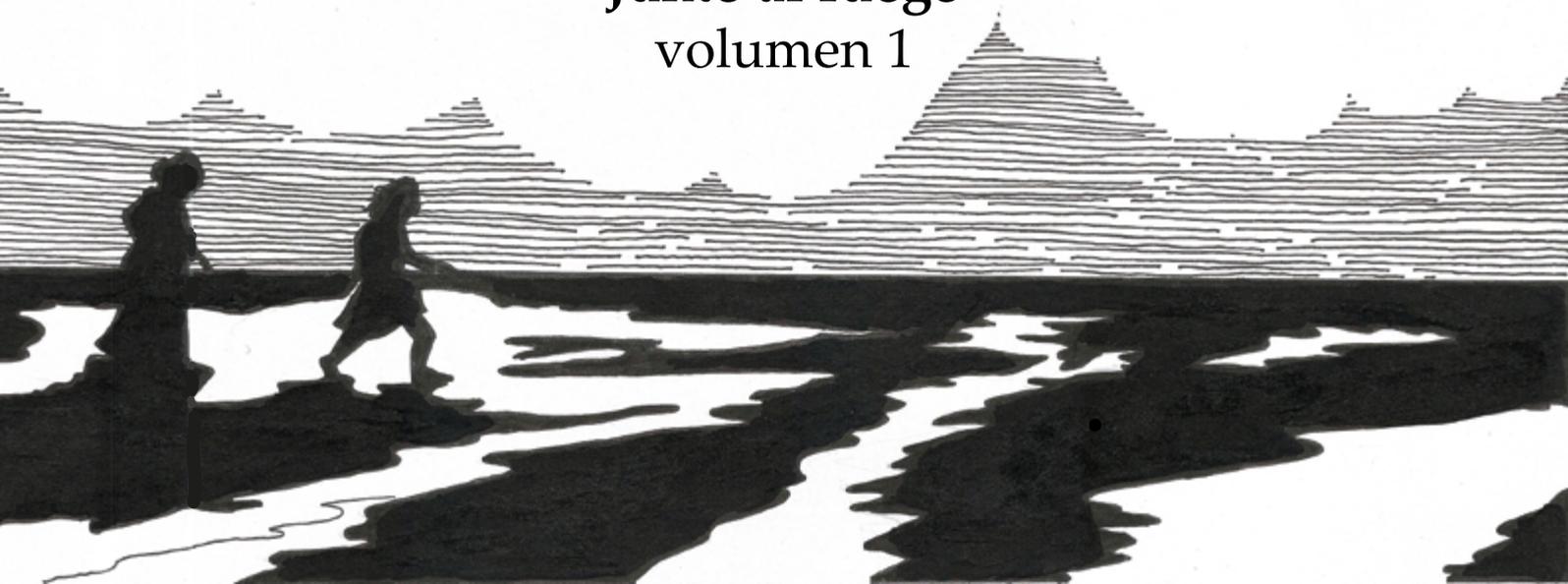


Soros

y otros relatos

Mariano Colombo - Jeremías Salgado

Junto al fuego
volumen 1



Colombo, Mariano Jorge
Soros: talla y cuchicheos / Mariano Jorge Colombo; Ilustrado por Jeremías Salgado. - 1a ed. ilustrada. - Bahía Blanca: Ediciones en cruce, 2024.
Libro digital, PDF - (Junto al fuego; 1)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-00-5057-7

1. Relatos Históricos. 2. Arqueología para Niños. 3. Literatura Argentina.
I. Salgado, Jeremías, ilus. II. Título.
CDD 808.899282

TRAMAS AL SUR

Colección *Junto al fuego*

Volumen 1. Soros, Talla y Cuchicheos

Texto: Mariano Colombo

Ilustraciones: Jeremías Salgado

Diseño: Georgina Colombo

Coordinadores de la Serie Junto al fuego: Mariano Colombo y Georgina Colombo

Coordinadores de Ediciones en cruce: Alejandra Pupio, Cecilia Simón, Mariano Colombo

Ediciones en cruce es un espacio editorial cooperativo y colaborativo del Programa Arqueología en cruce del Grupo de Estudios sobre patrimonio e Historia de la práctica y la comunicación de la arqueología (Departamento de Humanidades, UNS). Esta publicación cuenta con el aval del Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur, del CONICET Bahía Blanca y Mar del Plata.

Índice

Presentación	4
Algunas aclaraciones y contexto de los relatos	5
Soros	8
Talla	32
Cuchicheos	38

Presentación

Tramas al Sur es un colectivo de trabajo interesado en abordar desde una perspectiva alternativa cuestiones sobre la historia y el modo de vida pasado de las poblaciones originarias de la pampa y Patagonia. Reúne a un antropólogo, Mariano Colombo, y cuatro artistas visuales, Jeremías Salgado, Georgina Colombo, Ana Paula Oyharçabal y Sandra Torres, que bajo distintas formas y proyectos nos desempeñamos como docentes, producimos distintos tipos de materiales artísticos y educativos y realizamos tareas de investigación, en institutos de formación, en universidades y en CONICET.

El imaginario sobre la constitución histórica de nuestra sociedad, se construye a partir de diferentes fuentes de información acerca de momentos, sucesos y conjuntos sociales, como los pueblos originarios, la conquista europea, la fundación del estado nación, las migraciones, entre muchos otros.

Nuestra inserción en el ámbito docente y de investigación nos impulsa repensar los datos que circulan a la hora de interpretar el pasado indígena, con el fin de contextualizar lo más acertadamente el devenir de quienes poblaron por primera vez estos territorios. Por un lado, la ciencia se constituyó como “la” voz autorizada, más autorizada incluso que la de los mismos pueblos originarios, para narrar su historia. Dentro de ella, la arqueología aparece como la disciplina que estudia el pasado más antiguo de las primeras poblaciones nativas. Si bien aporta información de gran valor, se basa exclusivamente en los vestigios materiales que las gentes dejaron durante su vida diaria. Entonces, a pesar de los esfuerzos, estos datos resultan escasos y fragmentarios para imaginar el complejo y rico mundo de esas sociedades pasadas. La historia y la etnografía, por su parte, utilizan distintas fuentes: relatos, dibujos y fotografías de cronistas, viajeros y aventureros provenientes de otras partes del mundo, todos ellos hombres, blancos y de clase alta, generalmente movidos por intereses económicos o religiosos. Por tanto, la información de sus notas y crónicas, si bien resultan de gran interés, también deben tomarse con mucho cuidado, debido a su gran carga

de fantasías, eurocentrismo, androcentrismo y discriminación. Datos antropológicos más actuales buscan aportar nuevos panoramas, atendiendo a las percepciones y prácticas que los diversos pueblos indígenas mantienen y modifican. Esto ocurre a medida que sus pautas de vida y lugares de asentamiento sufren fuertes cambios, a causa de variadas migraciones forzadas, formas de discriminación, ocultamiento e intentos por sobrevivir en el marco capitalista.

Finalmente, la literatura y las artes visuales (principalmente de fines del siglo XIX y principios del XX), crearon tópicos, obras y personajes que reforzaron la idea de lo indígena como parte del pasado, en base a seres salvajes y culturalmente inferiores, vinculados a la naturaleza. Malones y cautivas, territorios “desconocidos”, pero peligrosos y cargados de misterios, tolderías desprolijas y antihigiénicas y desiertos infernales, marcaron los cánones literarios clásicos. Dichas formas de representar y describir a los pueblos originarios se reprodujeron acríticamente además, en manuales escolares, y medios de comunicación hasta la actualidad, conformando y afianzando diferentes estereotipos. En todos estos discursos, se suelen omitir las voces de los mismos protagonistas: las propias memorias, reconstrucciones, ideas e historias orales de las personas que forman parte y se auto-referencian con las diversas comunidades originarias existentes en Argentina.

Algunas aclaraciones y contexto de los relatos

La colección *Junto al Fuego* se compone de distintos volúmenes en lo que se incluyen relatos ilustrados por los distintos artistas del colectivo, a partir de múltiples búsquedas artísticas, según el formato de los textos y las técnicas visuales.

Los relatos que contiene este volumen se enmarcan en diferentes fuentes de información antropológica, arqueológica, etnohistórica, oral y visual, realizadas tanto por el grupo *Tramas al sur*, como tomadas de otros múltiples trabajos e investigaciones. Como contexto general,

podemos decir que las sociedades indígenas, que son protagonistas de los relatos, no se corresponden con ningún grupo étnico del actual territorio argentino, sino que se compusieron a partir de datos genéricos conocidos para los pueblos que vienen habitando la región pampeana y patagónica desde tiempos previos a la conquista europea. Asimismo, los términos y nombres utilizados para representar su lenguaje, no pertenecen a ningún idioma ni dialecto conocido, sino que son ficticios, basados en la fonética de palabras pertenecientes a las lenguas mapuche, tehuelche, guaraní, selk nam y yámana, según el caso.

Las vestimentas, peinados, adornos corporales y pinturas faciales han sido tomadas de diversos documentos etnohistóricos, históricos y etnográficos.

Las plantas y animales corresponden en todos los casos a especies nativas (con excepción del caballo que aparece en *Soros*), presentes en relatos orales de pobladores indígenas contemporáneos, mencionados en fuentes etnohistóricas y halladas en contextos arqueológicos.

El paisaje de *Soros* hace alusión a la llanura pampeana de las cercanías de la depresión del Río Salado (actual provincia de Buenos Aires), para luego acercarse a las elevaciones serranas del Tandilia y finalmente al sector de transición con la estepa del norte de la Patagonia. En cuanto a *Talla*, el relato transcurre en un sitio arqueológico ubicado en las sierras de Tandilia, que funcionó como una cantera de rocas visitada por las sociedades indígenas desde hace más de 10.000 años.

Diversos elementos utilizados por los personajes de los textos, encuentran sus orígenes en artefactos arqueológicos, objetos históricos y materiales presentes en fuentes etnohistóricas.

Los seres mitológicos, espíritus, deidades y relatos míticos no corresponden a ninguno de los existentes en las cosmovisiones originarias, sino que fueron inspirados por nombres, seres y leyendas recopilados en fuentes orales y etnohistóricas.

Las situaciones presentes en el relato *Soros*, se enmarcan en el contexto de violencia propio de las primeras campañas de conquista del desierto, correspondientes a la segunda mitad del siglo XIX. Como principal conflicto se narra el escape de una indígena apresada

y su regreso, a lo largo de distintos paisajes en búsqueda de su hijo. Durante dicho recorrido, vive una situación de compañerismo junto a una mujer blanca, que la acompaña durante parte de su viaje.

Talla evoca un entorno de aprendizaje práctico sobre la confección de instrumentos de piedra por parte de un grupo indígena. En este relato puede notarse un lugar relevante a las mujeres en la transmisión de información de aspectos prácticos, simbólicos y mitológicos sobre los recursos naturales y el paisaje en el que ocurren las acciones.

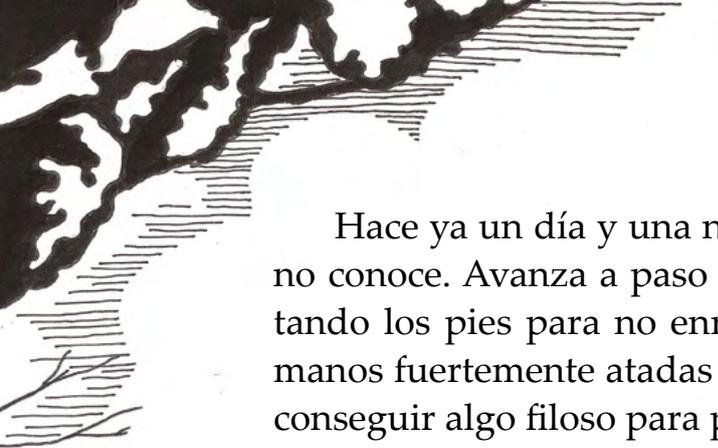
Finalmente, *Cuchicheos* expresa un breve momento de charla entre un grupo de adolescentes, en una noche junto al fuego. En este microrrelato se intenta remarcar que, en distintos momentos y en diversas sociedades, ciertos intereses de los y las jóvenes han sido los mismos.

Por último, en cuanto a las posibilidades de empleo de estos textos en espacios educativos, creemos que pueden resultar herramientas útiles desde un nivel de educación secundaria en adelante, ya que permiten pensar el pasado y presente indígena desde una perspectiva alternativa, que combina acercamientos desde las artes, la literatura y las ciencias sociales. En ellos se plantea la posibilidad de reflexionar sobre las sociedades indígenas en diferentes momentos históricos, a partir de la vinculación de contenidos afines a las Ciencias Sociales, Construcción de la Ciudadanía, ESI y Prácticas del Lenguaje, entre otros. Pensamos que los relatos contenidos en los diferentes volúmenes de *Junto al Fuego* pueden ser empleados como materiales áulicos complementarios a los existentes en manuales y libros de texto. En este sentido, recomendamos también otros recursos y materiales que pueden resultar interesantes en la página **Arqueología en Cruce** (<https://arqueologiaencruceuns.wordpress.com/>)

Soros

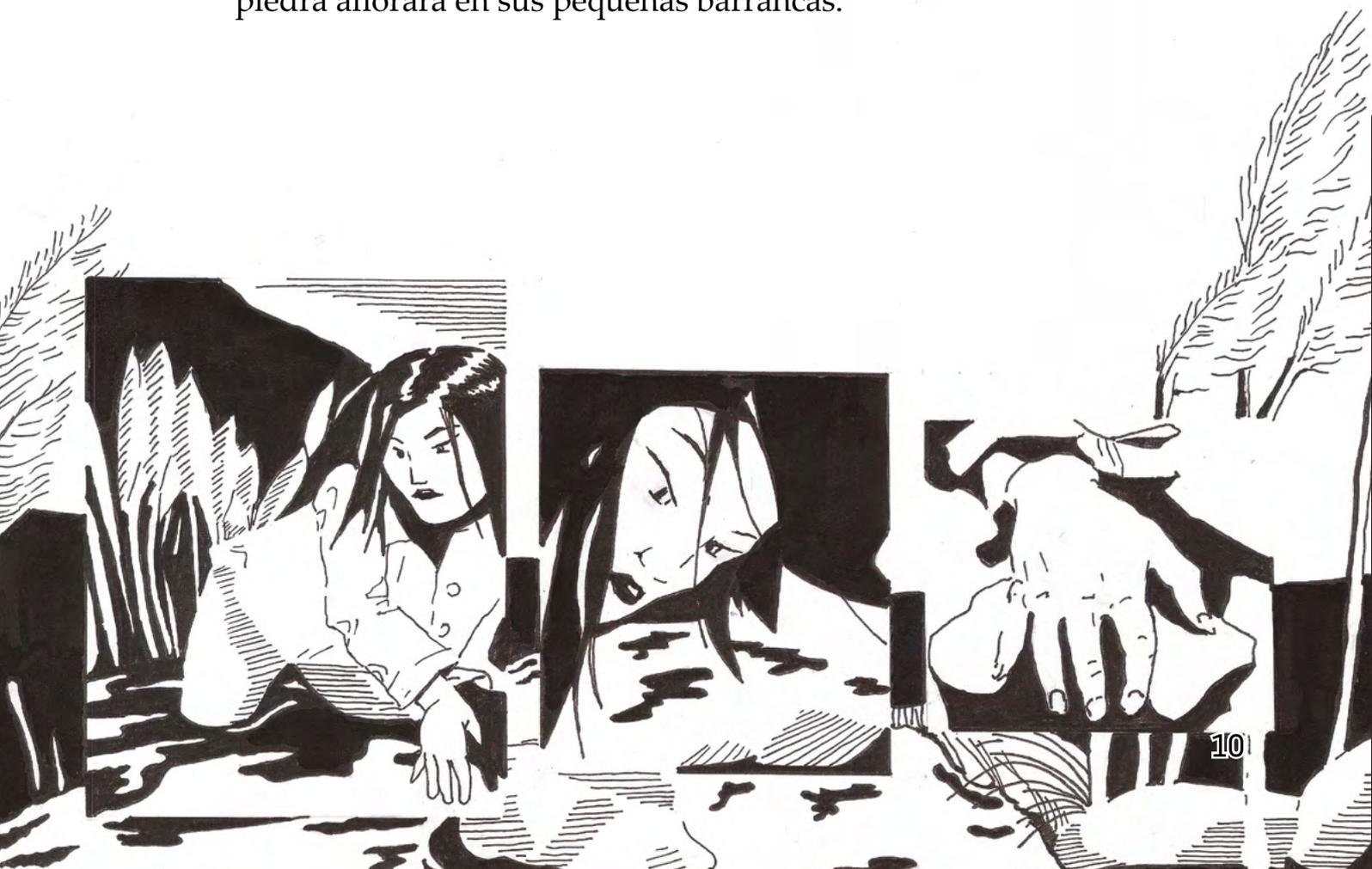






Hace ya un día y una noche que vaga por esos campos que no conoce. Avanza a paso firme y sin mirar hacia atrás, levantando los pies para no enredarse en el pastizal. Lleva aún las manos fuertemente atadas con una faja de cuero ancha y busca conseguir algo filoso para poder deshacerla.

Prisioneras de los soldados blancos quedaron sus amigas y sobrinas, pero se obliga a no pensar en eso. Sigue adelante con los ojos humedecidos de lágrimas, que se secan por el aire fresco de la mañana. Repasa en sus pensamientos el camino recorrido. Está claro que nadie notó su ausencia, o al menos no le dieron importancia, porque si no ya hubiesen mandado algún uniformado barbudo y desgarrado a buscarla. Las llevaban a todas en fila, de a pie, con rumbo a un gran río que dicen, tiene aguas saladas como el mar. Desde su escape, caminó sin parar en dirección sur y oeste. De a tramos, cuando la vegetación no era muy alta, avanzaba al trote, luego de un tiempo volvía a caminar, pero nunca paraba. El campo se extendía interminable y chato, sin lomas, ni árboles, ni nada que lo interrumpa en su plana repetición. Al fin se cruzó con un pequeño arroyuelo, que corría hacia el este. Lo siguió con la esperanza de que alguna piedra aflorara en sus pequeñas barrancas.



Luego de una distancia corta entre juncos y duraznillos, diferenció en el fondo, borroneados por el correr del agua, unos bochones de toscas. Entró al líquido fresco y transparente, hasta la altura de las rodillas, buscó un fragmento que pudiera agarrar con las manos atadas y lo removió con dificultad del barro. Después se incorporó y revoleó la roca con toda su fuerza contra otra que sobresalía en punta, sobre la superficie. La cascó, pero no llegó a partirla, así que la volvió a golpear. Ahora sí, juntó los pedazos que se habían desprendido y se hundían rápidamente entre las finas algas verdosas que ondulaban en el fondo del arroyuelo como un manto de crines suaves. Acercó la boca al agua y tomó varios sorbos sin respirar, salió chorreando. Aborrecía esa ropa hecha de telas que les habían obligado a ponerse los blancos. Mientras caminaba seleccionó el fragmento de tosca más filoso y se lo acercó a la boca. Al apretarlo con los dientes sintió la superficie áspera de la roca, y comenzó a rasgar el cuero que le juntaba las muñecas.

Llevar las manos libres le daba la sensación de avanzar más rápido. Estaba asustada pero no llegaba a sentir desesperación. Tenía plena consciencia de lo larga que sería la travesía y de que debería alimentarse para soportarla. Venía de días de mala



comida, miedo y angustia, desde que las atraparon cerca de las sierras negras del Cayrú, y lo único que tenía en la cabeza era reencontrarse con su gente, y, en especial, con su hijo.

Pasó la noche acurrucada al pie de una gran mata de cola de zorro, con frío. Sentía un golpe que le cruzaba la espalda y que suponía, le habían pegado al capturarla, con un sable envainado o una caña. Antes de que aclarara ya estaba caminando. Sin darse cuenta repasaba una y otra vez cómo logró escapar, en un revuelo armado por un caballo al que debieron asistir tres guardias. En eso alcanzó a tirarse tras la barranca de un arroyito y se quedó inmóvil entre las pajas. La sacó de sus pensamientos aquel hallazgo a lo lejos. A la distancia de unos 600 pasos divisó una gran acumulación de agua sobre la que el sol picaba formando un brillo enceguecedor. A medida que se acercaba notó que en las orillas reposaban cientos de aves, principalmente teros y picocorvos negros. Sentía la garganta rasguñada por la sed y pensó en acercarse despacio para no levantar a toda esa pajarada, que seguro la delataría si alguien la venía siguiendo. Tras avanzar el primer trecho comenzó a andar en cuatro patas, y la distancia final la recorrió arrastrándose de panza. Las aves desconfiaron y se abrieron, pero no levantaron vuelo.



Entró al agua despacio, como un lento reptil y sintió la renovadora energía de la laguna alrededor de su cuerpo. Se dejó estar, tendida y sin respirar, rodeada de líquido, como si hubiera ingresado en otro tiempo. Por un instante se olvidó de todo. Enseguida volvió al momento, se restregó la cara aún bajo el agua, tragó largos sorbos y salió nuevamente arrastrándose, hacia el pastizal que nacía pegado al barro de la playa.

A medida que avanzaba, pensaba en conseguir algo para comer. Hubiera buscado huevos de las aves acuáticas, pero el fin del otoño no es época para eso. Por el momento lo único posible eran las raíces de las cardas de bolitas, así que arrancó de cuajo algunas que encontró. Intentó agarrarlos con las mangas de la camisa cubriéndose las manos, pero no servía de nada. Una vez más odió esas ropas de mierda que le obligaron a ponerse los soldados. Recordó con asco como las tocaron y empujaron mientras se cambiaban desnudas. Algunas burlas y risas bárbaras le quedaron grabadas, aunque no comprendía bien lo que decían. Ahogó los pensamientos agrios y sostuvo las cardas por los tallos, soportando las miles de agujas en la piel de las manos. "Con cinco está bien" pensó, o tal vez, lo dijo en voz alta. Luego quebró las varas huecas, hacia el nacimiento de las raíces



bulbosas, oscuras y retorcidas, cubiertas de gruesos pelos, como si fuesen enormes arañas deformes. No tenía como transportarlas, así que decidió usar la camisa. Comenzó a desprenderla y luego, impaciente y furiosa, la abrió de un tirón, desgarrando la tela y saltando los botones. Se dio cuenta que estaba sollozando. Sintió nuevamente la frescura del aire casi invernal sobre la piel del torso y sus costillas y pezones se estremecieron. Nuevamente era libre.

Recorría el campo con un andar fatigado y débil, sin levantar bien los pies. A veces trastabillaba. En el horizonte se sofocaba la luz del segundo atardecer desde su huida. Todavía continuaba arrancando espinas de cardo con sus dientes y las escupía hacia los costados. Las pajas aplastadas bajo cada paso, era casi lo único que podía oírse en la llanura. Sin que nada lo detuviese, el manto oscuro de la noche volvió a caer y serenó más aun todo el paisaje. Solo unos filamentos naranjas quedaron flotando en el poniente, como si fueran los últimos vestigios de un mundo diferente.

A eso de la mitad de la noche la sobresaltó un trueno. El cielo hervía en estallidos y fulgores eléctricos, sin llover. Cada rayo

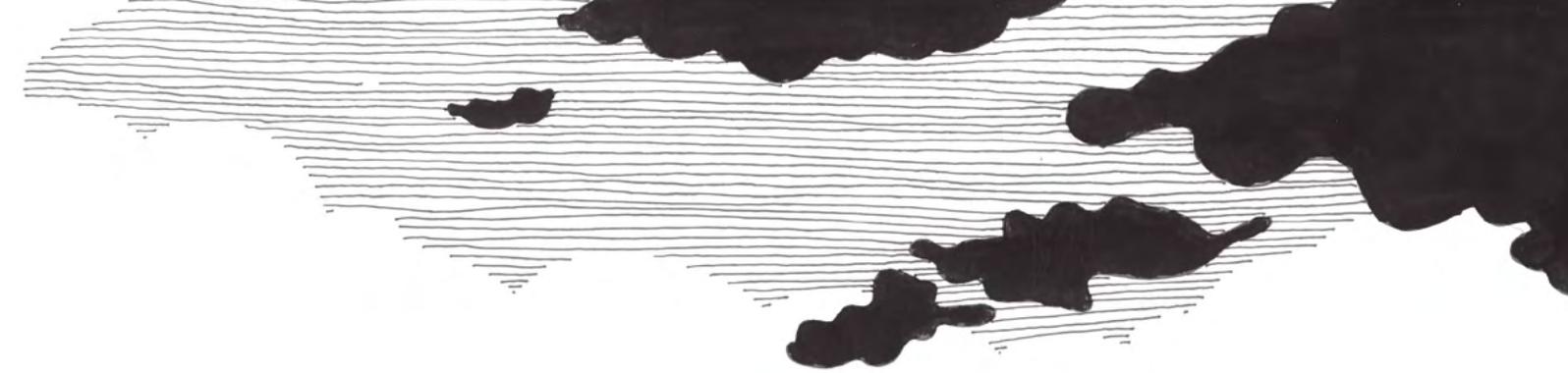




resplandecía, gruñía y detonaba, y luego todo se volvía a apagar. A veces dos o tres se juntaban y crecían las luces blancas, cegadoras, y entonces el campo se veía en su plenitud, como un paisaje espectral. Estaba muy mal dormida, pero creyó que lo mejor sería seguir. Aun así, sin luz, estaba segura del camino que debía tomar, lo percibía. Pensó además que la tormenta debería avanzar hacia el mar y eso le dio confianza en el rumbo que mantenía.

El siguiente amanecer no fue tan claro a causa de los inmensos nubarrones. Sentía los agudos cuchillos del hambre muy presentes sobre su abdomen y en seguida una marcada debilidad en las piernas y breves mareos.

A media mañana una presencia extraña la estremeció. Desde lejos descubrió a una mujer con vestidos celestes, parada junto a un hombre que yacía recostado sobre un caballo echado. Ellos no la habían visto y seguramente no la descubrirían, porque no parecían estar atentos a nada del espacio que los rodeaba. La duda se apoderó de ella durante unos instantes. ¿Qué hacer? Rodearlos significaría un gran esfuerzo físico, además de una pérdida de tiempo. Parecían inofensivos y hasta quizás tuviesen



comida, así que decidió mantener la dirección. El fresco de la mañana se sentía sobre la espalda y bajo el pantalón de tela humedecido por el rocío. Extrañaba su capa de cuero y rememoró la sensación suave del pelo de guanaco sobre su piel.

Los extraños la descubrieron a unos doscientos pasos de distancia, a causa del griterío de unos teros. Siguió en la misma dirección sin darle importancia. Solo la mujer atinó a mirarla, mostrando síntomas de nerviosismo, movimientos agitados y consultas al hombre que no se levantaba. Se saludaron con una mano en alto, de lejos. Seguiría sin cruzar palabra y sin acercarse demasiado, rodeándolos por un flanco. En eso, la mujer pensó que los estaba esquivando y corrió hacia ella moviendo los brazos.

No se entendían perfectamente, la criolla hablaba demasiado rápido, gesticulaba exageradamente con los brazos y pegaba las palabras. Algo le había pasado al hombre y de seguro al caballo. “Tran-quela shina”, le dijo con voz serena y sin dudarle se dirigió hacia el hombre, como lo solicitaba la mujer de polleras amplias.

Al llegar lo reconoció instantáneamente. Era uno de esos hipoputas, como dicen los soldados blancos, que guían a las cuadrillas militares para capturar indias, niños y niñas. Pudo ver la culata del rifle, que sobresalía aprisionado bajo el anca del caballo muerto. El gaucho la miró con desprecio, pero estaba imposibilitado de hacer nada. Sobre la pierna derecha, una amplia mancha de sangre y una saliente de hueso angulosa demostraban una fractura horrible. No se preocupó mucho por él, no sería tan bravo en esa situación.







La mujer, en cambio, estaba desesperada. Comprendió que se encontraban bastante lejos de su rancho, pero no llegó a entender hacia dónde iban. Parece que el caballo tropezó con una cueva de peludo y se partió el cuello en la caída. No era una mujer vieja, pero cada surco de su rostro reflejaba angustia, miedo y dudas. Un golpe amoratado se extendía a lo largo de uno de sus pómulos, hasta colonizar con finas líneas azuladas el párpado bajo el ojo. Por el color, era anterior al accidente del caballo y el paisano era el culpable. Se puso nerviosa al ver que la india le analizaba el rostro y miró en dirección al horizonte, para darle el perfil opuesto.

Se acercaron al caballo, el hombre tenía un trabuco de boca redonda en la mano. No pretendía usarlo, pero lo mostraba para imponer respeto. La miraba de reojo como un zorro, con permanente desconfianza. Ella únicamente pensaba cómo aprovechar la carne del caballo. El tipo debería tener un cuchillo que aún no mostraba. "En la faja, sobre la espalda apoyada en el lomo del caballo", imaginó.

Dio una vuelta más alrededor del caballo, el hombre postrado y la mujer. Al llegar al mismo punto, delante del gaucho, se



quitó los pantalones. Quedó completamente desnuda. El tipo la miró con ambición, se detenía sin reparos en su pubis, caderas y senos.

Sin fijarse en cómo la observaba, se acercó tomando recaudos, rasgó la tela a lo largo y le hizo entender que se la anudaría alrededor de la herida. La mujer blanca intercedió y la ayudó. El hombre mostraba agudos gestos de dolor cada vez que lo hacían mover o le tocaban la pierna. En su idioma, pidió un cuchillo. Se apoyó en un gesto, abriendo la palma con los dedos pegados entre sí y deslizándola horizontalmente en sobre la otra mano, hacia atrás y adelante. El tipo entendió, pero no quiso darle el arma. La mujer volvió a interceder y lo convenció, estaba claro que la india solo quería ayudar. Tomó el facón de atrás de su cintura, justo donde ella había sospechado que lo guardaba. Era alargado y puntiagudo, con mango de madera. La mujer desnuda cortó el chiripá a lo largo, hasta pasar la zona de la lesión. Tuvo que despegar la tela dando pequeños tironcitos donde la sangre se había secado. Al destapar la herida se observó la real magnitud de la quebradura. El hueso salía más de media palma, agudo y astillado. A su alrededor la piel lacerada iba del púrpura y anaranjado hacia el morado, a medida que se alejaba del

corte principal.

El tipo sufría ahora sin esconder dolor. Sin más, la india se aferró fuerte al cuchillo y se lo hundió en la garganta de un solo movimiento rápido. La sangre brotaba a chorros. En su consternación, la china no supo si huir o defender al hombre, pero no atinó a nada. Tan solo permaneció en lugar y se arrodilló para llorar .

Un instante después retiró el cuchillo, dio la vuelta al caballo y lo abrió por la panza. Comenzó a sacarle el cuero en dirección al costillar y la espalda. Al pelarle las patas cortó largas lonjas de carne que comenzó a masticar a medida que las sacaba. Consiguio quitar el cuero hasta el lomo, donde la posición del animal le hacía imposible continuar. Cortó lo que tenía y sacó varias tiras más de carne. No le gustaba para nada su sabor crudo, pero en su situación era imprescindible alimentarse con algo mejor que las cardas. Se sintió saciada y se limpió la sangre de la cara con el dorso del brazo. Se envolvió la pelvis con el cuero fresco del caballo y usó el sobrante para improvisar una capa con la que alcanzó a cubrirse la espalda y los hombros. Sin vacilar, se decidió a partir nuevamente. No quiso tomar el trabuco del



gaucho, porque no sabía usarlo y además le daba miedo, tampoco ninguna de sus pertenencias, a excepción del cuchillo. Le hizo un gesto con la cabeza a la china, invitándola a acompañarla. Ella se negó y quedó junto al caballo desollado y al cadáver del gaucho, inmóvil, paralizada, invadida por cientos de dudas.

La llanura volvía a correr bajo sus pies, ahora más segura de sí misma, fortalecida. Luego de un rato volteó la mirada. A lo lejos, diminuta, se recortaba la figura de la mujer blanca, corriendo hacia ella con sus polleras agitadas al viento.

El anochecer del tercer día las encontró conociéndose. No hablaban mucho, no se entendían bien. Las unía una situación de desamparo, pero también de búsqueda de libertad. Se toparon con un arroyo y bajo uno de los sauces que sembraban la orilla decidieron quedarse a descansar. Eran los primeros árboles que cruzaban en una larga distancia. Bebieron agua, se refrescaron la nuca y enjuagaron la cara. La india tomó la carne decidida a comerla, pero la china la frenó. Sacó de entre sus ropas una cosa rara que la otra nunca había visto. Golpeó un metal con otro, en forma de cadena e hizo saltar chispas. Lo miró con desconfianza, como a todas esas cosas extrañas que tienen los blancos,





pero enseguida juntaron palos y el fuego ardió para satisfacción de ambas. La carne cocida y con sabor a leña era otra cosa. Con calor y la panza llena, se acostaron sobre la gramilla. Al alba amanecieron acurrucadas, copiando sus anatomías y adaptando cada cuerpo a las curvas del otro, abrazadas para contrarrestar el frío del rocío que ya comenzaba a escarcharse.

El clima alternaba lloviznas y erupciones del sol entre huecos de nubes que abrían limpiones celestes. Avanzaron en silencio, rompiendo la monotonía muy de vez en cuando para comentar algo. La china se notaba más cansada, sus piernas no estaban acostumbradas a tanta distancia. Hacia el final del día se cruzaron con algo que la nativa no conocía. Era una línea interminable de palos, clavados al suelo, con agujeros por los que pasaban finas sogas de metal redondo. Una de esas líneas tenía nudos con puntas afiladas, también de metal brillante. Se acercó con cuidado. Luego de un instante se animó a tocarlo y retiró la mano rápidamente. La blanca sonrió ante su inocencia. "Alambre", dijo, "para separar campos y ganado".

Costearon la fila de palos hasta dar con un avestruz, enganchado y muerto. La carne ya estaba oscura, pero aprovechó para



sacarle unas fajas de los muslos. Caminaba apurada y con el ceño arrugado, sin dirigirle la mirada a la china. “Tierra no es de nadie”, dijo al rato. “Nadie es dueño”, volvió a aclarar, mientras señalaba con el índice hacia el alambre.

Desde la mitad de la mañana del cuarto día, comenzaron a distinguirse las figuras de los cerros, recortadas en el horizonte como descomunales fortificaciones oscuras e irregulares. No escondió su alegría. Ese era el territorio en el que había nacido y conocía perfectamente. Sabía que estaría fuera de peligro, aunque desde allí, el recorrido a seguir para encontrar al resto de su gente, sería incierto. Volvió a rememorar su escape de los soldados y en especial el día en que la apresaron. Fue una de las incursiones de los blancos, tratando de adueñarse la región. Se abalanzaron al campamento de sorpresa, con la última luz del día. Los hombres estaban encerrando ganado en los corrales de piedra, entre los cerros. El resto de la toldería, casi todas mujeres, niños, personas ancianas y bebés, distraídos cada uno en sus cosas. De golpe aparecieron a la carrera desde atrás de unas lomas bajas. Mataron a sable a los muchachitos más crecidos, que intentaron defenderse; revisaron y quemaron los toldos. Cientos de llantos, porfavores, griterío y lamentos resonaron

atronadores. Algunas matronas lograron huir con niñas y niños que alcanzaron a cargar a los caballos y entre ellos podría estar el suyo.

Deberían cruzar las sierras altas del Cayrú y desviar en el barranco grande, tras las rocas oscuras de los helechos. Desde allí, bajando, al pie del Arroyo de los Huesos estarían los restos de su campamento.

Tardaron un día y medio más en llegar al inicio de las elevaciones. Sintió que allí se respiraba otro aire. La vegetación era diferente y los animales también. Subieron a paso lento. Desde la altura se veía la pradera cada vez más verde e inmensa. La cima del cerro estaba salpicada de millares de piedras, sembradas irregularmente, grises, con musgos, entre pequeños cactus redondeados y matitas raquílicas de pastos duros.

Siguieron el camino hasta las nacientes del arroyo, para desembocar finalmente en los restos del campamento. Toldos caídos, cosas desparramadas, casi todo incendiado y revuelto, como si lo hubiera arrasado algún desastre natural. De los hombres del grupo, ningún indicio. Una veintena de cuerpos des-



compuestos en el suelo, entre ellos, parientes y amigos, sobrinos y abuelas.

Intentó no fijar la atención en nada, ni reconocer a nadie; comenzó a sentir que perdía fuerzas, se mareaba. El olor nauseabundo, estancado en el aire, interrumpía el resto de los sentidos. Todo permanecía quieto, en un silencio sordo de abajo del agua. De golpe se topó con sus cosas, se derrumbó de rodillas y lloró sin contención. Instantáneamente la china se acercó y la rodeó por la espalda, en un abrazo fuerte y silencioso. A pesar de maldecir y detestar a los blancos con profundidad, aceptó su caricia, necesitaba algo de cariño.

Tomaron unos cueros y algunos alimentos que todavía se mantenían conservados: harinas de semillas y algo de carne seca que encontraron desparramadas. Su vestimenta volvió a ser la de siempre. Antes de partir, aplastó sobre un mortero un pequeño pedrusco de arcillas rojizas y con un poco de saliva dio vida a un escaso fondo de pintura. Con delicadeza delineó dos rayas rojas desde el borde de los ojos, hasta el nacimiento de las orejas, luego completó el dibujo con puntos del diámetro del dedo índice, bajo las rayas y al costado de las aletas de la nariz.





Llamó a la paisana y con el mortero en la mano, suavemente decoró su rostro con el mismo motivo, sin que ella se negara. "Tristes, las dos iguales" dijo, con una media sonrisa.

Retomaron la dirección en la que habían partido las sobrevivientes, cada tanto debía secar sus lágrimas con la palma. Pasarían la noche al abrigo de un alero de piedra y al otro día intentaría divisar alguna columna de humo desde la altura de los cerros.



Tres jornadas más debieron andar. Entraron en un terreno distinto; ondulado y frío, salpicado de arbustos duros, grises y amarrados, achatados por los vientos. Desde una loma perdida, la vista profunda de la nativa distinguió un numeroso grupo de personas. Estaba claro que no eran invasores blancos, porque aún no se aventuraban hasta esas regiones, tan al sudoeste. Desde lejos se podía notar la mezcla de pueblos. Estaban los que venían de las tierras frías del sur y también las gentes del oeste, de las altas montañas nevadas, que llegaban a comerciar ganados. Las ropas revelaban, también, personas refugiadas de



las llanuras.

Llegó al tumulto y siguió adelante flanqueada por la china, sin detenerse en las miradas de los que merodeaban frente a los toldos. Un olor mezclado, de distintas leñas quemadas flotaba en el ambiente y el aire sonaba cargado de palabras en diferentes dialectos. Se abrió paso entre algunos niños curiosos, que moqueaban descalzos, resoplando vapor por las narices. Un viejo con la cara rajada por miles de arrugas y el pelo corrido de la frente por una amplia vincha tejida, le hizo un saludo. Apenas lo contestó y aceleró el paso hacia donde estaban las que parecían ser sus parientes. Los peinados, las pinturas, eran de ellas.

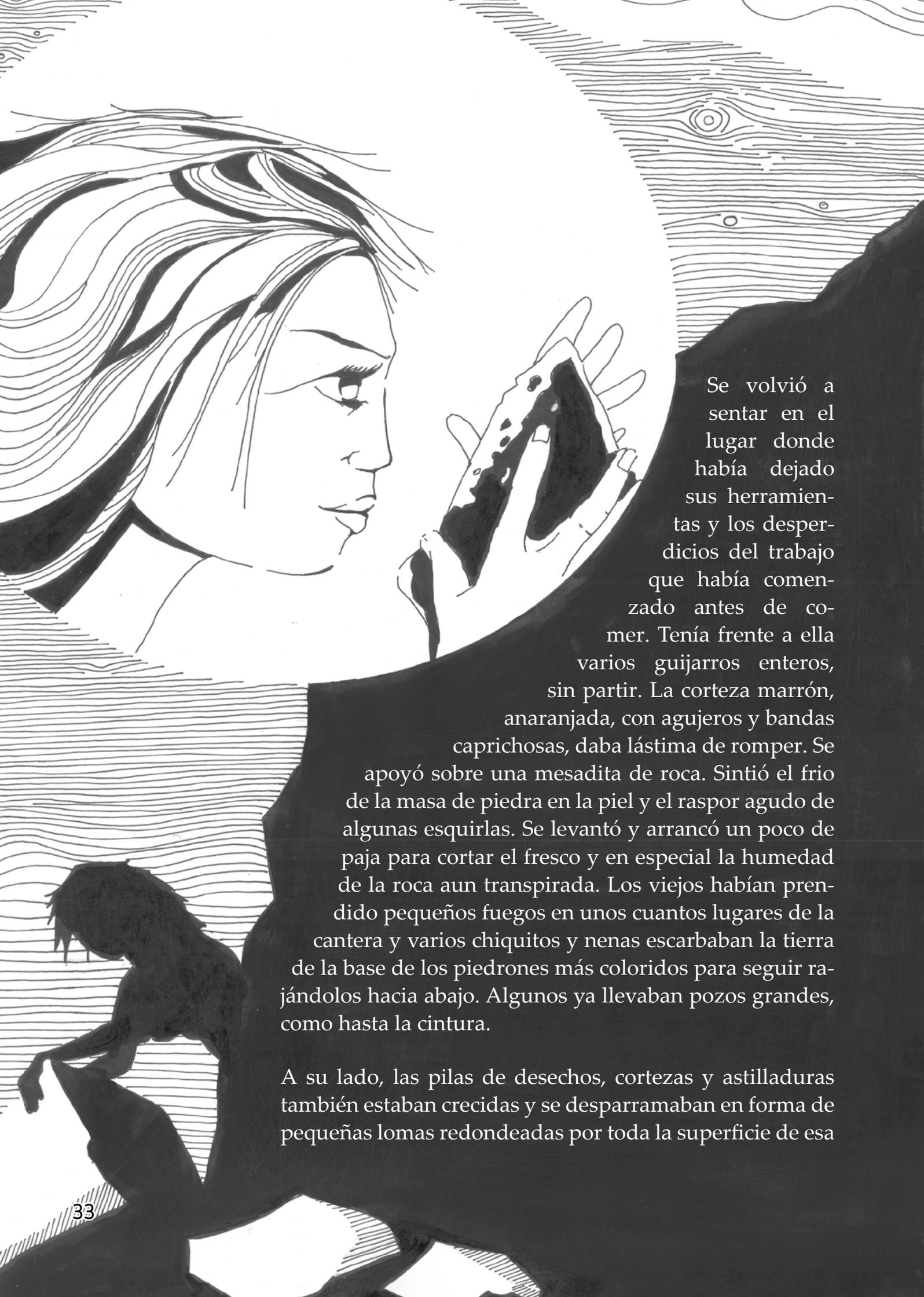
Arrancó un trote rápido, y soltó un grito seco, que la mujer blanca no supo interpretar. Su tía se dio vuelta, con la expresión plena de sorpresa. Tras ella se asomó una matrona a los gritos y bajó de sus brazos a un niño de unos tres años.





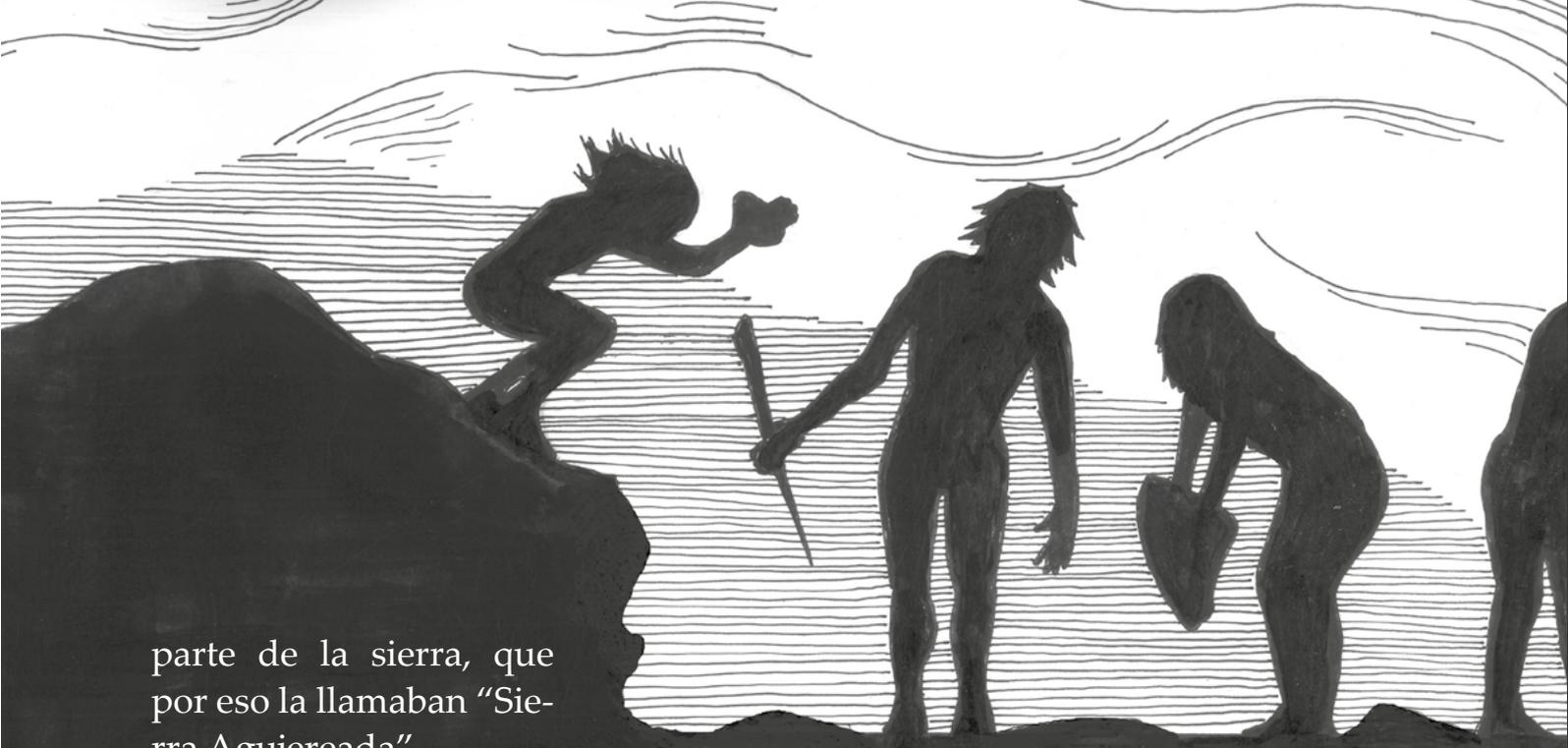
TALLA





Se volvió a sentar en el lugar donde había dejado sus herramientas y los desperdicios del trabajo que había comenzado antes de comer. Tenía frente a ella varios guijarros enteros, sin partir. La corteza marrón, anaranjada, con agujeros y bandas caprichosas, daba lástima de romper. Se apoyó sobre una mesadita de roca. Sintió el frío de la masa de piedra en la piel y el raspor agudo de algunas esquirlas. Se levantó y arrancó un poco de paja para cortar el fresco y en especial la humedad de la roca aun transpirada. Los viejos habían prendido pequeños fuegos en unos cuantos lugares de la cantera y varios chiquitos y nenas escarbaban la tierra de la base de los pedrones más coloridos para seguir rajándolos hacia abajo. Algunos ya llevaban pozos grandes, como hasta la cintura.

A su lado, las pilas de desechos, cortezas y astilladuras también estaban crecidas y se desparramaban en forma de pequeñas lomas redondeadas por toda la superficie de esa



parte de la sierra, que por eso la llamaban "Sierra Agujereada"

Iminuik está aprendiendo. Es buena, pero a veces le falta paciencia para pensar el golpe que sigue. Tiene buen oído para detectar las mejores piedras, grasosas, brillantes y fuertes. Ella conoce bien su historia porque una vez la escuchó de boca del abuelo Anrion.

El golpeteo ahora es permanente. Pasan las chicas con pequeñas barretitas de palo de chilca y cuñas de piedra para incrustar en las grietas de los grandes filones y así abrirlos más. Otro grupo llega de los cerros grises del fondo cargando pesados percutores, de los duros, entre ellos está Saniel-xo, el lindo. El viaje es difícil, pero sin esos martillos de piedra verde y dura es imposible romper los mantos más grandes, por más fuego y cuña que se les meta. Iminuik se distrajo un rato mirando a Aluwuesh, tan flaquita, subida encima de un rocón y revoleando esos pesados percutores contra la saliente de piedra rosada.

Tiraba ella, bajaba, pasaba Sapep, su novio, bajaba, subía un viejo y así iban rotando. La piedra era hermosa, con





sus vetas rosas y anaranjadas, que fueron en otros tiempos las luces del amanecer, dijo la abuela Icsha sio.



Volvió a su trabajo, se concentró en los golpes a los dos lados del filo, que fueran regulares, que hagan cada vez más delgada la pieza. Tenía percutores de asta de venado, que le había hecho su padre, pero ella prefería los de toscas blandas, igual que su tía, a la que todos recordaban como una gran talladora. Frotó el borde con la piedra de raspar, que es como de arena dura: *shiquishiquisha*. Lo repitió: *shiquishiquisha*, prestó atención al sonido del raspado y acentuó el final: *shiquishÁ*. Siempre encontraba alguna rítmica en las piedras. Sumó unos golpecitos con el pié, pisando las esquivas finas abajo suyo: *sha, sha, shiquishiquishá, shiquishá, shiquishá*.



El griterío y los silbidos la sacaron de su entretenimiento. Habían conseguido abrir el enorme



bloque rosado y estaban todos alrededor festejando con bailecitos y saltos. Lentamente se acercó Icsha sio, la vieja.

Volvió a su trabajo, se concentró en los golpes a los dos lados del filo, que fueran regulares, que hagan cada vez más delgada la pieza. Tenía percutores de asta de venado, que le había hecho su padre, pero ella prefería los de toscas blandas, igual que su tía, a la que todos recordaban como una gran talladora. Frotó el borde con la piedra de raspar, que es como de arena dura: shiquishiquisha. Lo repitió: shiquishiquisha, prestó atención al sonido del raspado y acentuó el final: shiquishÁ. Siempre encontraba alguna rítmica en las piedras. Sumó unos golpecitos con el pié, pisando las esquirlas finas abajo suyo: sha, sha, shiquishiquishá, shiquishá, shiquishá.

El griterío y los silbidos la sacaron de su entretenimiento. Habían conseguido abrir el enorme bloque rosado y estaban todos alrededor festejando con bailecitos y saltos. Lentamente se acercó Icsha sio, la vieja.



Cuchicheos



¿VISTE QUE KAI
KAI CAYÓ EN AMOR
POR K'USHEL?

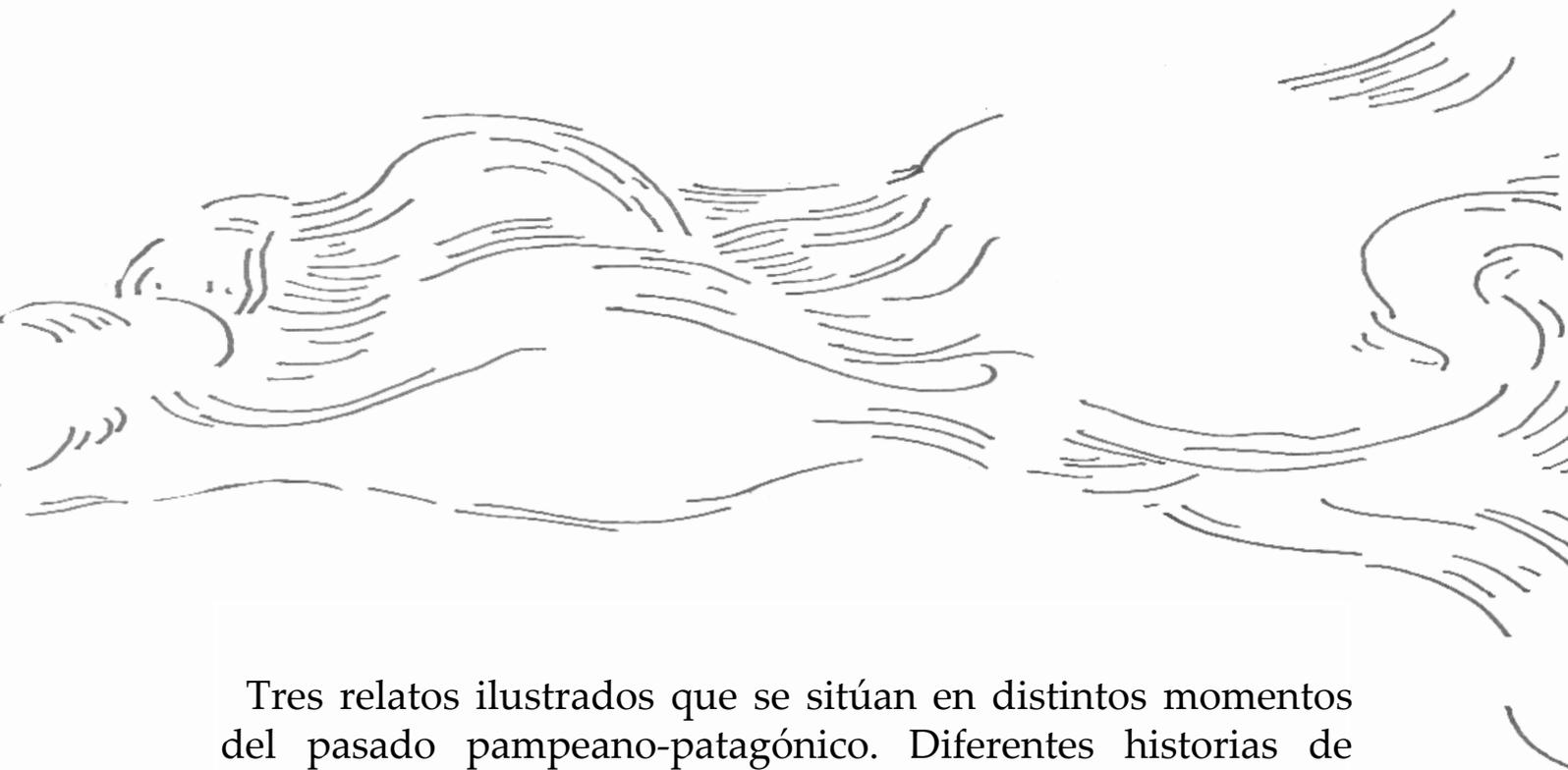
NO
DEBE EXISTIR
NADA MÁS
HERMOSO QUE
MAIPÉN



MIRÁ EL PELO Y
LA PINTURA DE WUENÚ
HOY, QUÉ LINDA ESTÁ



LO QUE ME GUSTA DE A-KENA, CIELO DEL NORTE,
ES QUE SE MUEVE COMO VARÓN, PERO SE
ARREGLA COMO MUJER



Tres relatos ilustrados que se sitúan en distintos momentos del pasado pampeano-patagónico. Diferentes historias de amores, confesiones, hostilidad, viajes y desafíos.

Una contra-cautiva, la fuga y un viaje inmenso por los horizontes pampeanos. La fuerza de una madre y el amor entre hermanas en un paisaje de desolación y violencia.

En un lugar de las sierras, una chica aprende a tallar herramientas de piedra. Pruebas y errores, práctica, paciencia, entusiasmo, desaciertos y malas palabras durante una mañana fresca.

Un día cualquiera de charlas entre jóvenes. Pensamientos, miradas, intereses y cuchicheos junto al fuego.

ISBN 978-631-00-5057-7



9 786310 050577 77

